

El poder de los padres que oran

por Stormie Omartian

No tuve paz desde el nacimiento de mi primer hijo, Christopher, porque yo me preocupaba por cualquier razón. Tenía miedo de que alguien lo dejara caer, que se ahogara en la bañera, que se enfermara de algo mortal, que se me olvidara alimentarlo, o fuera mordido por un perro, lesionado en un accidente de auto, secuestrado o perdido.

En un acto más de desesperación que de obediencia, clamé a Dios por esto. Él me recordó que Christopher era un don de Él para con nosotros y que Él cuidaba aun más a nuestro hijo que nosotros mismos. Se me recordó la instrucción bíblica de "echa tu ansiedad sobre Él" (1 Pedro 5:7), y así lo hice.

"Señor, mi hijo es la mayor ansiedad que tengo, y yo lo entrego en tus manos. Sólo tú puedes criarlo bien y mantenerlo a salvo. Ya no voy a continuar luchando para hacerlo todo por mí misma sino que entraré en sociedad completa contigo".

Desde ese momento en adelante, siempre que sentí temor por algo, lo tomaba de inmediato como una señal para orar hasta que sintiese paz. Si no recibía la paz de inmediato, entonces oraba al respecto con uno o más compañeros de oración, hasta experimentarla. A diario entregaba mi hijo a Dios y le pedía que controlara su vida. Esto eliminó la presión sobre mí y el ser madre se convirtió en algo más agradable.

A través de los años, he usado este tipo de oración muchas veces por cada uno de mis hijos. Oré así el primer domingo en la mañana que lo dejé en el jardín infantil de la iglesia, cuando se quedaban de noche al cuidado de una señora, el día que comenzaron la escuela, las veces que tuve que dejarlos en un salón de cirugía para que el doctor pudiera coserles alguna herida, el primer fin de semana en casa de un amiguito o amiguita, la semana que volaron a Washington D.C. en una gira del colegio, siempre que salían de campamento, la mañana que mi hijo manejó el auto familiar por sí solo, y cada vez que juega fútbol.

Recientemente tuve que entregar nuevamente a mi hijo en las manos de Dios, en esta ocasión mientras se iba a la universidad. Durante los meses anteriores al momento monumental de la separación, lloré en innumerables ocasiones, porque comprendía que nuestras vidas nunca más serían las mismas.

En añadidura, Él me dio el conocimiento y seguridad de que después del dolor inicial de dejar ir a nuestros hijos, vendría el gozo y la paz, tanto para ellos como para nosotros. Sabemos que sin importar en qué etapa de la vida estén nuestros hijos, cuando los entregamos a Dios, ellos están en buenas manos. Sabemos que irán adelante en paz y gozo y que Dios les abrirá caminos. Él hará lo mismo por nosotros también. ¿Qué mayor consuelo existe?

A causa de esto, el día que manejamos hasta la universidad para llevar a Christopher a su dormitorio, yo tenía el gozo y la paz que tan sólo Dios puede dar, y estaba casi segura que había escuchado a los montes y collados cantar. Sé que me esperan muchos otros momentos en que tendré que entregar a mis hijos en las manos de Dios. Uno de los mayores será cuando ellos se casen. Siempre que pienso en ello recuerdo la historia bíblica de Ana que oró a Dios por un hijo. El Señor le respondió y ella dio a luz a Samuel. Ana hizo un trabajo tan minucioso de entregar a su hijo al Señor, que cuando Samuel dejó de ser alimentado por el pecho materno, ella lo llevó al templo para que viviera con el sacerdote Elí. Lo hizo para cumplir con un voto que hiciera a Dios referente al niño. No te preocupes o abandones tus esperanzas; el Señor no te pedirá que dejes tu hijo en la oficina de la iglesia para que el pastor y su señora lo crien. El

punto es que Ana entregó su hijo a Dios y luego hizo como Él le instruyó. El resultado fue que Samuel se convirtió en uno de los mayores profetas de Dios que el mundo haya conocido.

Nosotros no deseamos limitar la obra de Dios en nuestros hijos, aferrándonos a nosotros y pretendiendo ejercer el papel de padres sin su ayuda. Si no estamos seguros de que Dios está en control de la vida de nuestros hijos, seremos gobernados por el temor. La única forma de estar seguro de ello, es entregando nuestras riendas y dejando que Él tenga pleno acceso a sus vidas. La manera de hacerlo es vivir de acuerdo a su Palabra y sus caminos y llevar ante Él todo en oración.

Podemos confiar en que Dios tendrá cuidado de nuestros hijos incluso mejor que nosotros. Cuando entregamos a nuestros hijos en las manos del Padre y reconocemos que Él está en control de sus vidas y de las nuestras, tanto ellos como nosotros disfrutaremos de mayor paz.